



CAPÍTULO XLVII.

Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su gobierno.

CUENTA la historia, que desde el juzgado llevaron á Sancho Panza á un suntuoso palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una real y limpiísima mesa; y así como Sancho entró en la sala sonaron chirrimas, y salieron cuatro pajes á darle aguamanos, que Sancho recibió con mucha gravedad.

Cesó la música, sentóse Sancho á la cabecera de la mesa, porque no había más de aquel asiento y no otro servicio en toda ella. Púsose á su lado en pié un personaje, que después mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano.

Levantaron una riquísima y blanca toalla con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que parecía estudiante le echó la bendición, y un paje puso un babador randado á Sancho: otro que hacía el oficio de maestresala llegó un plato de fruta delante, pero apenas hubo comido un bocado, cuando el de la varilla tocando con ella en el plato se le quitaron de delante con grandísima celeridad; pero el maestresala le llegó otro de otro manjar.

Iba á probarle Sancho; pero antes que llegase á él ni le gustase, ya la varilla había tocado en él, y un paje alzólole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo cual por Sancho quedó suspenso, y mirando á todos preguntó si se había de comer aquella comida como juego de maese coral. A lo cual respondió el de la vara:

No se ha de comer, señor gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras insulas donde hay gobernadores. Yo señor, soy médico, y estoy asalariado en esta insulada para serlo de los gobernadores della, y miro por su salud mucho más que por la mía, estudiando de noche y de día y tanteando la complexión del gobernador para acertar á curarle cuando cayere enfermo, y lo principal que hago es asistir á sus comidas y cenas, y á dejarle comer de lo que me parece que le conviene, y á quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago, y así mandé quitar el plato de la fruta por ser demasidamente húmeda, y el plato del otro manjar también le mandé quitar por ser demasidamente caliente, y tener muchas especias, que acrecientan la sed; y el que mucho bebe, mata y consume el húmedo radical donde consiste la vida.

Desa manera aquel plato de perdices que están allí asadas, y á mi parecer bien sazoadas, no me harán algún daño. A lo que el médico respondió:

—Eas no comerá el señor gobernador en tanto que yo tuviere vida.

¿Pues por qué? dijo Sancho. Y el médico respondió:

—Porque nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina, en un aforismo suyo dice: "Omnis saturatio mala, perdit autem pessima." Quiere decir: toda hartazgo es mala, pero la de las perdices malísima.

—Si eso es así, dijo Sancho, vea el señor doctor, de cuantos manjares hay en esta mesa, cuál me hará más provecho y cuál menos daño, y déjeme comer dél, sin que me le apalee, porque por vida del gobernador, y así Dios me la deje gozar, que me muero de hambre; y el negarme la comida, aunque le pese al señor doctor, y él más me diga, antes será quitarme la vida, que aumentármela.

—Vuesa merced tiene razón, señor gobernador, respondió el médico, y así es mi parecer que vuesa merced no coma de aquellos conejos guisados que allí están, porque es manjar peliagudo: de aquella ternera, sino fuera asada y en adobo aún se pudiera probar, pero no hay para qué. Y Sancho dijo:

—Aquel platonazo que está más adelante, vahando, me parece que es olla podrida, que por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho.

—"Absit," dijo el médico, vaya lejos de nosotros tan mal pensamiento: no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida: allí las ollas podridas para los canónigos, ó para los rectores de colegios, ó para las bodas labradorecas, y déjenos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo primor y toda atiladura; y la razón es, porque siempre y á dó quiera y de quién quiera, son más estimadas las medicinas simples que las compuestas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas: mas lo que yo sé que ha de comer el señor gobernador ahora para conservar su salud y corroborarla, es un ciento de canutillos de duplicaciones, y unas tajaditas sutiles de carne de membrillo, que le asienten el estómago y le ayuden á la digestión.

Oyendo esto Sancho se arrimó sobre el espaldar de la silla, y miró de hito en hito al tal médico y con voz grave le preguntó cómo se llamaba, y dónde había estudiado. A lo que él respondió:

—Yo, señor gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóvar del Campo á la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna. A lo que respondió Sancho todo encendido en cólera:

—Pues, señor doctor Pedro Recio de mal Agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está á la derecha mano como vamos de Caracuel á Almodóvar del Campo, graduado en Osuna, quítense luego de delante, si no, voto al sol que tomes un garrote, y que á garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la insula, á lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes; que á los médicos sábios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza y los honraré como á

personas divinas; y vuelvo á decir que se me vaya Pedro Recio de aquí, si no tomaré esta silla donde estoy sentado y se la estrellaré en la cabeza, y pídanmelo en residencia, que yo me descargaré con decir que hice servicio á Dios en matar á un mal médico, verdugo de la república; y denme de comer, ó si no, tómense su gobierno, que oficio que no da de comer á su dueño, no vale dos habas.

Alborotóse el doctor viendo tan colérico al gobernador, y quiso hacer Tirteafuera de la sala, sino que en aquel instante sonó una corneta de posta en la calle, y asomándose el maestresala á la ventana, volvió diciendo:

—Correo viene del duque mi señor, algún despacho debe de traer de importancia. Entró el correo sudando y asustado, y sacando un pliego del seno le puso en las manos del gobernador, y Sancho le puso en las del mayordomo, á quien mandó leyese el sobrescrito, que decía así: "A don Sancho Panza, gobernador de la insula Barataria, en su propia mano, ó en las de su secretario." Oyendo lo cual Sancho, dijo:

—¿Quién es aquí mi secretario? y uno de los que presentes estaban respondió:

—Yo, señor, porque sé leer y escribir y soy vizcaíno. —Con esta añadidura, dijo Sancho, bien podéis ser secretario del mismo emperador: Abrid ese pliego y mirad lo que dice. Hizolo así el recién nacido secretario, y habiéndolo leído lo que decía, dijo que era negocio para tratarle á solas. Mandó Sancho despejar la sala, y que no quedasen en ella sino el mayordomo y el maestresala, y los demás y el médico, se fueron, y luego el secretario leyó la carta, que así decía:



"A mi noticia ha llegado, señor Don Sancho Panza, que unos enemigos míos y desa insula la han de dar un salto furioso, no sé qué noche: conviene velar y estar alerta, porque no le tomen desapercibido. Sé también por espías verdaderos, que han entrado en ese lugar cuatro personas disfrazadas para quitaros la vida, porque se temen de vuestro ingenio: abrid el ojo, y mirad quién llega á hablaros y no comáis de cosas que os presentaren. Yo tendré cuidado de socorreros si os viéredes en trabajos, y en todo haréis como se espera de vuestro entendimiento. Deste lugar, á dieciséis de Agosto, á las cuatro de la mañana. Vuestro amigo,

"El Duque."

Quedó atónito Sancho, y mostraron quedarlo asimismo los circunstantes, y volviéndose al mayordomo le dijo:

—Lo que ahora se ha de hacer, y ha de ser luego, es meter en un calabozo al doctor Recio, porque si alguno me ha de matar, ha de ser él, y de muerte adminicula y pésima, como es la del hambre.

También, dijo el maestresala, me parece á mí que vuesa merced no coma de todo lo que está en esta mesa, porque lo han presentado unas monjas, y como suele decirse, detrás de la cruz está el diablo.

—No lo niego, respondió Sancho, y por ahora déme un pedazo de pan y obra de cuatro libras de uvas, que en ellas no podrá venir veneno, porque en efecto no puedo pasar sin comer; y si es que hemos de estar prontos para estas batallas que nos amenazan, menester será estar bien mantenidos, porque tripas llevan corazón, que no corazón tripas; y vos, secretario, respondió al duque mi señor, y decidle que se cumpla

rá lo que manda como lo manda sin faltar punto; y daréis de mi parte un besamanos á mi señora la duquesa, y que le suplico no se le olvide de enviar con un propio mi carta y mi lio á mi mujer Teresa Panza, que en ello recibirá mucha merced, y tendré cuidado de escribirla con todo lo que mis fuerzas alcanzaren; y de camino podéis encajar un besamos á mi señor Don Quijote de la Mancha, porque vea que soy pan agradecido; y vos como secretario y como buen vizcaíno podéis añadir todo lo que quisierdes y más viniere á cuento; y álcense estos manteles, y déme á mí de comer, que yo me avendré con cuantos espías y matadores y encantadores vinieren sobre mí y sobre mi insula. En esto entró un paje, y dijo:

—Aquí está un labrador negociante que quiere hablar á vuestra señoría en un negocio, según él dice, de mucha importancia.

—Extraño caso es este, dijo Sancho, de estos negociantes: ¿es posible que sean tan necios que no echen de ver que semejantes horas como estas no son en las que han de venir á negociar? ¿Por ventura los que gobernamos, los que somos jueces, no somos hombres de carne y de hueso, y que es menester que nos dejen descansar el tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra mármol por Dios y en mi conciencia que si me dura el gobierno (que no durará según se me trasluce) que yo ponga en pretina á más de un negociante. Ahora decid á ese buen hombre que entre: pero adviértase primero no sea alguno de los espías ó matador mío.

—No, señor, respondió el paje porque parece una alma de cántaro, y yo sé poco ó él es tan bueno como el buen pan.

—No hay que temer, dijo el mayordomo, que aquí estamos todos.

—¿Sería posible, dijo Sancho, maestresala, que ahora que no está el doctor Pedro Recio, que comiese yo alguna cosa de peso y de sustancia, aunque fuese un pedazo de pan y una cebolla?

—Esta noche á la cena se satisfará la falta de la comida, y quedará usía satisfecho y pagado, dijo el maestresala.

—Dios lo haga, respondió Sancho; y en esto entró el labrador, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le echaba de ver que era bueno y buena alma. Lo primero que dijo fué:

—¿Quién es aquí el señor gobernador?

—¿Quién ha de ser, respondió el secretario, sino el que está sentado en la silla?

—Humíllome pues á su presencia, dijo el labrador, y poniéndose de rodillas le pidió la mano para besársela. Negósele Sancho, y mandó que se levantase y dijese lo que quisiese. Hizolo así el labrador, y luego dijo:

—Yo, señor, soy labrador, natural de Miguel Turra, un lugar que está á dos leguas de Ciudad-Real.

—¿Otro Tirteafuera tenemos? dijo Sancho: decid, hermano, que lo que yo os sé decir es que sé muy bien á Miguel Turra, y que no está muy lejos de mi pueblo.

—Es, pues, el caso, señor, prosiguió el labrador, que yo por la misericordia de Dios soy casado en paz y en haz de la santa Iglesia católica romana: tengo dos hijos estudiantes, que el menor estudia para bachiller, y el mayor para licenciado: soy viudo, porque se murió mi mu-